

ORACIÓN FÚNEBRE

del

SEÑOR DON IGNACIO DOMEYKO

por el Presbítero

D. Rodolfo Vergara Antúnez

en las exequias

**que se celebraron en la capilla del Seminario
Conciliar de Santiago.**

**13 de mayo 1889
Santiago - Chile**

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL

SEÑOR DON IGNACIO DOMEYKO

POR EL PRESBITERO

D. Rodolfo Vergara Antúnez,

EN LAS EXEQUIAS

QUE SE CELEBRARON EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO
CONCILIAR DE SANTIAGO, EL 13 DE
MAYO DE 1889.



SANTIAGO

IMPRESA DE LA UNIÓN- MONEDA 56-B

ENTRE ESTADO Y ANEXADA

1889



El discurso íntegro se titula formalmente
"Oración fúnebre del señor don Ignacio
Domeyko", pronunciada por Rodolfo
Vergara Antúnez el 13 de mayo de 1889.

Este documento histórico fue leído
durante las exequias celebradas en la
capilla del Seminario Conciliar de
Santiago.

ORACIÓN FÚNEBRE



ORACIÓN FÚNEBRE

DEL SEÑOR DON IGNACIO DOMEYKO, PRONUNCIADA POR
EL PRESBITERO DON RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ EN
LAS EXEQUIAS QUE SE CELEBRARON EN LA CAPILLA
DEL SEMINARIO CONCILIAN: DE SANTIAGO, EL 13 DE
MAYO DE 1889.

*Ipsę enim dedit mihi scientiam veram
ut sciam dispositionem orbis terrarum et
virtutis elementorum.*

El me dió la verdadera ciencia para
que conozca la disposición y armonía
del mundo y las virtudes de los ele-
mentos.

*(Libro de la Sabiduría, capítulo VII,
v. 17).*

Ilustrísimo y Reverendísimo señor: (1)

Señores:

La Sabiduría increada, que es el Verbo de Dios
en las alturas, fabricó un día este alcázar magnífico
del universo para que fuese resplandor de su gloria,

(1) El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Santiago,
doctor don Mariano Casanova.

testimonio de su poder y perpétuo argumento de su amor. Y después que tendió el manto de los cielos y suspendió en los espacios esta masa inerte de la tierra y cavó la urna anchurosa en que se juntan todas las aguas, é hizo bullir la vida en la tierra, en el mar y en el espacio, dió al hombre el señorío y dominio de este alcázar para que, extasiándose en sus maravillas, cantase al Autor de todas ellas un himno perenne de amor, de adoración y gratitud, concertado con todas las armonías de la creación.

Pero Dios, que puso al hombre en posesión de las cosas criadas, quiso esconder la naturaleza de todas ellas tras el velo del misterio, para dar al entendimiento humano la noble y gloriosa ocupación de investigar los divinos secretos. Y el hombre, aguijoneado por el ansia de saber, no contento con admirar las maravillas que pueblan su real morada, se afana por inquirir la naturaleza y propiedades de los seres con aquella ansiedad que hacía exclamar en tono de angustia á un poeta gentilico: «feliz el mortal que pudo conocer las causas de las cosas».

Explicar las obras divinas y descubrir los secretos de aquella Sabiduría soberana que dió el sér á todo lo que existe, es la más noble tarea del entendimiento humano; tarea que lo levanta y engrandece, á la vez que le depara el deleite inefable de hallar la verdad, que es su más rico patrimonio. Por eso los exploradores infatigables de la naturaleza, los que con la actividad prodigiosa de su entendimiento logran esclarecer sus misterios y alumbrar el fondo de los abismos, han sido en todo tiempo objeto de las bendiciones de Dios y de la veneración de los hombres. Llámense *sabios* porque reciben en más abundancia los resplandores de la Sabiduría increada y se elevan á mayor altura en las regiones de la luz por el conocimiento más profundo de sus obras.

Al número de estos investigadores de los misterios de la naturaleza, que han podido decir con el Rey

sabio: *Dios me dió la verdadera ciencia para que conozca la disposición del mundo y las virtudes de los elementos*, perteneció el hombre ilustre que acaba de abismarse en el sepulcro en serena y gloriosa ancianidad, y cuya desaparición abrió el cauce de las lágrimas en el corazón mismo de la patria y han deplo- rado con honda pena las ciencias y las letras nacio- nales.

Y antes que el tiempo, devorador de las cosas, ha- ya enfriado sus cenizas, que no empañado el lustre de de su gloria, yo vengo, señores, á pagar una deuda de gratitud á nombre de la Iglesia, de quien fué hijo fi- delísimo, y del Seminario de Santiago, que tuvo la fortuna de contarle en el número de sus más esclare- cidos maestros. Mas, al tributar á su memoria este póstumo homenaje de amor agradecido, no es mi in- tento, señores, renovar en el corazón de los suyos y de todos los que lo amaron heridas aún no cicatriza- das; que ante la risueña figura del sabio cristiano en- mudece el dolor para dar lugar sólo á la admira- ción.

¿Y cómo podría delinear sin oscurecerla la fisono- mía del hombre insigne que fué gloria y ornamento de dos patrias y lumbrera de la ciencia universal? Señores, si es verdad, como lo ha dicho un filósofo, que los grandes pensamientos nacen del corazón, en esta nobilísima entraña debemos buscar el secreto de los merecimientos y virtudes del señor don Ignacio Domeyko y la clave del amor y admiración de que fué objeto durante su vida. La excelencia del cora- zón se juzga por los amores que lo hacen latir; y si aplicais el oído á las palpitaciones de ese corazón grande y bueno, no os será difícil convencerlos de que latió siempre á impulso de los tres más nobles amo- res de la vida del amor á la patria, del amor á la ciencia y del amor á la fe; santos y fecundos amores que inspiraron todas sus obras y que componen la síntesis de toda su vida.

Patriota ardoroso, sabio ilustre y ejemplarísimo cristiano: tales son los caracteres de la fisonomía moral del hombre ilustre que es en este momento digno asunto de nuestros recuerdos y objeto de nuestras fervientes plegarias.

¡Quiera el cielo poner en mis labios palabras dignas de él y de santa edificación para vosotros!

I

En una dilatada llanura, que se extiende entre las faldas de los Cárpatos y las orillas del mar Báltico, vive un pueblo legendario, célebre en los anales del mundo por la grandeza de sus infortunios y la heroicidad magnánima de sus hijos. Dios lo favoreció con todos los dones de la naturaleza: dióle en patrimonio un suelo feraz cruzado por ríos caudalosos y sombreado por bosques seculares; dotó á sus hijos de complexión vigorosa, de inteligencia precoz y de corazón viril y generoso; y al nacer á la vida de las naciones, la religión lo recibió en sus brazos y meció su cuna con la ternura de una madre que presintiera sus futuras desgracias. Creo, señores, que ya habrá asomado á vuestros labios el nombre de Polonia.

Élla retribuyó estos favores, haciéndose durante diez siglos apóstol armado de la fe, cuyos dominios dilató en las comarcas invadidas por la barbarie y por la civilización caduca de Bizancio. Todo lo convidaba con risueño porvenir; pero por ocultos designios de la Divina Providencia la historia de este pueblo es una leyenda dolorosa que no tiene igual en los anales de los pueblos modernos.

El halcón moscovita miraba con envidia este nido de palomas, y no contento con ver extendidos sus dominios en dos continentes, aprestó sus aceradas garras para apoderarse de aquel pedazo de tierra ben-

dita, que era santuario de la fe y morada de la paz. Y en vano este pueblo de héroes ha defendido su independencia con valor espartano; en vano, renovando las proezas de Sagunto y de Numancia, ha dejado correr, como ríos desbordados, la sangre de sus hijos, que al fin ha tenido que caer á los piés del coloso de hierro despedazado y exánime, pero no rendido.

Ha visto sus hogares desolados, su territorio desmenbrado, sus leyes abolidas, sus hijos proscritos; pero dos cosas han sobrevido á tanta desolación: su amor á la libertad y su fidelidad á Dios.

Con sus manos encadenadas y su manto hecho girones, sentados sobre los sepulcros de sus mártires, parece exclamar como la hija de Sión: *Mirad y ved si hay dolor que pueda compararse con el mío*. Pero, fiel á su nacionalidad y á su fe, sufre pacientemente su martirio, esperando contra toda esperanza la hora de su redención.

Yo no sé, señores, si haya un espectáculo más grande que el de un pueblo mártir. Dios ha querido que la verdad sea confirmada con el testimonio de la sangre; y vosotros sabeis que ha encontrado mártires en todas partes y en todas las condiciones de la vida. Pero si es espectáculo asombroso ver á hombres y familias morir por la fe, no hay corazón que no se conmueva profundamente ante el espectáculo de un pueblo entero, que vive en interminable martirio, y en el cual las generaciones van trasmitiéndose las unas á las otras una herencia de fe junto con una herencia de suplicios. Hace dos siglos que Polonia está dando al mundo este espectáculo inaudito; y por eso su nombre tiene la virtud de levantar, en todos los corazones generosos, sentimientos de profunda simpatía por sus dolores y protestas de indignación contra sus verdugos.

En esta nación heroica, noble patria de Sabieski y de Kosciusko, nació en noble cuna don Ignacio

Domeyko; y hago, señores, especial mención de esta circunstancia porque ser hijo de tan noble patria es por sí sólo un título de recomendación para los que aman y comprenden la grandeza moral.

Cánticos de dolor arrullaron la infancia del señor Domeyko, y su primer aprendizaje en la escuela de la vida fué el espectáculo de su patria desolada. Y este debe ser el secreto del extrañable amor con que la amó; porque es ley que rige los afectos humanos que se acrecientan con la desgracia y se enervan con la felicidad. Él regó desde niño con silenciosas lágrimas las cadenas que la oprimían, y en sus ensueños juveniles saludaba con efusiones de amor el día en que le fuera permitido ofrecerle el tributo de su vida. Este día no tardó en llegar: en el año de 1830 se levantaba en Polonia una nueva generación inflamada de patriótico ardimiento, encabezada por el sabio Lelewel y el poeta Mickiewicz, el Tirteo de la patria polaca. Un soplo de libertad venido del Occidente llegó á Varsovia con la violencia del huracán. La palabra de libertad inflamó todos los corazones; todos los labios la pronunciaron con delirante entusiasmo, y todos los brazos se levantaron armados del acero; porque se creía llegado el momento de devolver á la patria sus derechos de nación soberana.

La victoria coronó los magnánimos esfuerzos del patriotismo con las batallas de Ostrolenka y Stoczek; pero estos triunfos no eran más que los albores pasajeros de un día que comienza sereno y concluye en desecha tempestad. Toda la pujanza de aquella legión de héroes cayó al fin aplastada por el monstruo moscovita y volvió á reinar en Varsovia el silencio de las tumbas. La ira de la Rusia se desató como un torrente, y cayeron sobre la infeliz Polonia nuevos males y mayores desgracias.

El señor Domeyko fué uno de los héroes de esta gloriosa jornada; lleno de viril entusiasmo corrió de los primeros á enrolarse en las filas del patriotismo y

á hacer en aras de la patria el sacrificio de su sangre. Pero fué también de los primeros en recibir el castigo de su patriotismo; y este castigo fué el mayor que puede imponerse al que ama con pasión al pedazo de tierra en que nació á la vida: la pena del destierro. En aquella edad en que son más intensos los afectos del alma y más risueñas las esperanzas del porvenir, el joven Domeyko se vió precisado á dejar el blando nido que abrigó su infancia, y á dar un largo adios á todo lo que amaba: á la casa paterna, al templo en que renació á la vida de la gracia, á los valles, bosques y ríos de la patria. Y como la nave que ha perdido el rumbo en medio del océano, se encontró en medio del mundo sin saber el punto del globo á que lo llevarían los vientos de la fortuna.

Pero, si la perversidad de los hombres lo arrancaba de su suelo natal, la Divina Providencia con misericordia paternal iba á darle otra patria en reemplazo de la que dejaba; y su mano enderezó la proa de la nave hácia una tierra lejana en que habitaba un pueblo que, como el suyo, amaba apasionadamente á la religión y á la patria; y donde hallaría un suelo privilegiado por la naturaleza, campo anchuroso para la actividad de su inteligencia y un hogar en que reinarian el amor, la dicha y la paz. Me parece, señores, que no necesito nombrar á Chile. Dios al elegirlo para que fuese el asilo del proscrito, nos deparaba un dón inestimable. Chile le daría albergue cariñoso, esposa, hijos, amigos, bienestar, estimación; pero él le traería los tesoros de su ciencia y el ejemplo de sus virtudes; y en cambio de una hospitalidad, que á nadie se niega, él le traería la ciencia que es patrimonio de muy pocos.

El señor Domeyko halló en Chile una patria adoptiva que le tendió los brazos con no menos afecto que la propia; pero ni la ausencia de medio siglo, ni la distancia de tres mil leguas consiguieron entibiar la ardiente pasión con que amaba á su patria ausen-

te; porque la ausencia, que es hielo para los pequeños amores, es fuego para los grandes. Su corazón y sus recuerdos estaban siempre allá: seguía con mirada ansiosa la marcha de los acontecimientos que podían modificar su situación, y nunca hablaba de su dulce Polonia sin que las lágrimas se agolpasen á sus ojos. «Yo golpeaba con mi martillo las rocas de las cordilleras, decía él mismo en ocasión solemne, para que su eco calmase los punzantes recuerdos de las desgracias de mi patria».

Llega, señores, una época de la vida en que el corazón siente el desgaste de los años y en que los sentimientos más hondos se amortiguan como la lumbre á quien va faltando el combustible.

Pero en el señor Domeyko el amor á la patria tenía en los últimos años de su vida la misma intensidad que en los años de su juventud. Vecino ya al sepulcro, cuando el alma y el cuerpo, abrumados por un trabajo de ochenta años, le pedían el reposo absoluto, emprendió un viaje de tres mil leguas, penoso aún en el vigor lozano de la vida, para ir á respirar, siquiera por un día, las brisas de su suelo natal y á orar en el sepulcro de sus padres. No quería morir sin dar un último adiós á los patrios lares y testificarles que todavía su amor era bastante fuerte para sobreponerse á los mayores sacrificios. Dios, que bendice el patriotismo, le concedió la realización de este ensueño de toda su vida; y esto sólo aguardaba para poner término á su destierro mortal con la posesión de una patria que no se pierde jamás.

Señores, un corazón que así ha amado á su patria es un corazón en que se anidan forzosamente los más puros afectos de la tierra y los más nobles sentimientos del alma; porque en este amor se encierran todos los grandes amores de la vida, de la religión, del hogar, de la amistad, y se incluyen virtudes tan excelentes como el desprendimiento, la abnegación y el sacrificio. Por eso en el corazón del señor Domeyko,

en que sus dos patrias tenían un altar, tenían también el suyo el hogar y la amistad; y con la misma ternura y con la misma ardiente solicitud con que amó y sirvió á su patria, amó y sirvió los séres que estuvieron ligados á él con los vínculos de la sangre y con los lazos de oro de la amistad. Y el biógrafo que, impulsado por la admiración y el cariño, quisiera revelar, para la edificación de muchos, los tesoros de virtud, que se encierran en una vida tan grande, tan pura y tan llena, no podría dejar de penetrar con planta respetuosa en el santuario del hogar; porque el señor Domeyko no fué menos ejemplar como esposo y como padre, que como sabio y como cristiano. Pero manos más delicadas que las mías se encargarán de levantar el velo que envuelve en suave penumbra las silenciosas virtudes del hogar.

II

Si es digno de alabanza el hombre que ama á su patria con pasión inextinguible, no son menos acreedores á nuestra estimación los hombres que consagran todos los esfuerzos de su inteligencia á la investigación de la verdad en los oscuros dominios de las ciencias; que la buscan con un afán que no padece desmayos, con un anhelo que no tiene hartura y con una constancia que no se arredra delante de los mayores sacrificios; que en seguimiento de ella recorren las inmensidades del espacio donde ruedan los mundos en movimiento imperturbable; que desgarran los senos de la tierra para leer en sus páginas de piedra las transformaciones sucesivas que ha experimentado en el curso de los tiempos; que trepan á las alturas donde se engendra el rayo y se asoman á los abismos para escudriñar los secretos que guardan en sus simas; que cruzan los mares á lo ancho y á lo largo para

descubrir las leyes á que obedecen sus corrientes, y descomponen los elementos para inquirir sus virtudes; esos hombres, en fin, que hacen comparecer á todos los séres ante su mirada escudriñadora, desde el sol que esplendora el universo hasta la brizna de yerba que huella nuestra planta indiferente.

Gran cosa es, señores, la sabiduría, porque es *emanación de la claridad del Omnipotente y resplandor de la luz eterna*, como la llama el más grande de los reyes y más sabio de los hombres. *Yo la comparé*, agrega el mismo, *con las piedras preciosas, y vi que todo el oro del mundo es arena menuda en su comparación; y la amé más que á la salud y la hermosura, porque es maestra de la ciencia de Dios*. Feliz el mortal que ha podido adquirirla leyendo en este libro de la creación en cuyas páginas está escrito el nombre de Dios con caracteres de luz, y á cuyo poder, bondad y sabiduría cantan en himno perpétuo lo más grande y lo más pequeño, lo más alto y lo más abajo, el cielo, la tierra y los abismos. Feliz el mortal á quien le han sido revelados los secretos de la sabiduría, porque ella acerca á Dios, que es su fuente, por el conocimiento de sus obras, y produce aquí en la tierra la beatificación del entendimiento con la posesión de la verdad.

Yo sé, señores, que hay una ciencia que tiene la pretensión de expulsar á Dios de sus dominios, que no quiere ver su mano sabiamente ordenadora en el conjunto harmónico de todos los séres y en el orden, equilibrio, perfección de todas sus partes.

Dejadme, señores, compadecer, más bien que maldecir, á los que bebiendo siempre en la copa de la ciencia, no llegan nunca á saborear las dulzuras de la verdad; que interrogando sin cesar á los astros, á los mares, á las montañas, nunca hallan la respuesta acerca de la razón última de las cosas; que caminando siempre en busca de la luz, siempre se encuentran con la noche pavorosa del entendimiento; porque su-

primir á Dios del mundo de la ciencia, es como su-
primir al sol del mundo sideral.

Por eso, la aparición de un sabio cristiano, vivien-
te y magnífico testimonio de la necesaria armonía
de la ciencia y la fe, es un dón de Dios en estos
tiempos de audaces negaciones y de cobardes apos-
tasías: porque el sabio cristiano viene al mundo con
la altísima misión de vengar la gloria de Dios, ha-
ciéndose pregonero de sus maravillas y apóstol de
sus grandezas.

Nosotros hemos recibido este dón inapreciable en
la persona del señor don Ignacio Domeyko, tipo aca-
bado del sabio cristiano. Dios lo envió al mundo con
esta misión augusta; y por eso lo adornó con los do-
nes de la inteligencia y encendió en su pecho la no-
bilísima pasión por el estudio. En los albores mismos
de la vida pudieron presagiar sus maestros que había
venido al mundo predestinado á ser sabio. Y cuando
los infortunios de la patria lo arrojaron como á un
náufrago á playas desconocidas, ya era la ciencia el
patrimonio de su vida y la llave de su porvenir. Él
pudo decir entonces con el Rey sabio: *Todos los bie-
nes me han venido juntamente con ella*; la ciencia fué,
en efecto, el bálsamo que dulcificó las amargas del
destierro; la ciencia le abrió las puertas de su segun-
da patria; la ciencia le dió aquí el bienestar de la vi-
da; la ciencia lo colmó de honores y distinciones; y,
por fin, la ciencia ha hecho su memoria esclarecida y
ha puesto un cerco de diáfana luz en su sepulcro: *To-
dos los bienes le vinieron juntamente con ella*.

El señor Domeyko comprendió su misión y supo
cumplirla. Sentía en el alma el culto y la pasión de
la ciencia, y á ella se consagró con un ardor que no
se apagó jamás. Cada secreto que arrancaba á la na-
tureza lo incitaba con violencia irresistible á arran-
carle otros nuevos; y con el mismo afán con que el
avaro amontona el oro sobre el oro sin abastecerse,
él extendía la órbita de sus conocimientos y amonto-

naba ciencia sobre ciencia sin hartarse. La geología, la mineralogía, la física, la química, la botánica le revelaron pródigamente sus secretos; y apenas hubo ramo de ciencias naturales que no escudriñase con la honda mirada del sabio, ora en el estudio silencioso del gabinete solitario, ora en escursiones científicas á través de nuestros valles, colinas y cordilleras.

La ciencia, como la luz, tiende, señores, á derramarse en ondas luminosas, ya en las cátedras de enseñanza, donde fluye como límpido raudal de los labios del maestro á la inteligencia de los discípulos; ya en las páginas de libros inmortales que la transmitirán á la posteridad como herencia común. Y tal es la misión más importante del sabio, á quien Dios ha puesto en el mundo como luz en alto candelero para que ilustre los entendimientos y disipe las sombras de la ignorancia.

Y vosotros sabéis que el señor Domeyko ha ejercido con tesón infatigable hasta los últimos años de su vida este doble magisterio de la cátedra y del libro; sabéis que acaso no hay en Chile quien pueda llamarse con mejores títulos el *Maestro* de la juventud, porque en medio siglo de enseñanza vió pasar muchas generaciones por delante de su cátedra; sabéis que ha derramado pródigamente sus vastos y profundos conocimientos en millares de páginas escritas con la cabeza del sabio y la pluma del artista; que ha enriquecido las ciencias con importantes descubrimientos arrancados á la tierra y á los elementos con el poder de su genio; y, en fin, que en los altos puestos que ha ocupado en la enseñanza pública ha contribuído poderosamente con su iniciativa y su cooperación al progreso científico del país; ya en su cátedra de maestro, ya en su cualidad de miembro de dos facultades universitarias, y ya, especialmente, en el honrosísimo puesto de Rector del primer cuerpo científico de la República, puesto que habían ilustra-

do un eminente sabio americano y un célebre estadista chileno.

Méritos tan esclarecidos y tan valiosos servicios no podían quedar encerrados dentro de los términos de Chile. En alas de la fama, pregonera de las grandes virtudes, han volado por el mundo científico: y las academias de ciencias lo han inscrito en el número de sus miembros; soberanos europeos lo han distinguido con honrosas condecoraciones; los sabios han inmortalizado su nombre designando con él á minerales, plantas y fósiles y egregios representantes de las ciencias y letras contemporáneas han vivido en estrecha comunicación con él, y en su último viaje por el antiguo continente le han echado los brazos con las cariñosas efusiones de la confraternidad científica y literaria.

Yo debo terminar aquí, señores, sin haber podido hacer otra cosa que un rápido recuerdo de los méritos del sabio; porque ya reclaman nuestra atención las virtudes del cristiano. Voces más autorizadas que la mía apreciarán el valor científico de sus obras; y entre tanto ciñamos á su frente la aureola risueña con que la religión corona los méritos de sus hijos.

III

El señor Domeyko perteneció á una raza en que la fe se trasmite de padres á hijos como una herencia de familia. Él la recibió de manos de su madre juntamente con la vida; y desde que pudo conocer su precio le señaló el primer lugar en sus grandes afectos.

Los robles de las montañas echan raíces más hondas cuando crecen en medio de los embates de la tempestad; de la misma manera la fe se afianza y vigoriza en medio de los embates de la persecución.

El señor Domeyko creció viendo los tristes espectáculos del martirio en su hogar y en su pueblo; viendo á millares de sus conciudadanos arrojados á las eternas nieves de la Siberia por el delito de adorar á Dios y de amar á su patria; muchos de sus antepasados habían legado á su familia, como un título nobiliario, la corona del martirio

Hijo de mártires y ciudadano de un pueblo mártir ¿qué más podría exigir, señores, para estar seguros del ardor y profundidad de sus convicciones católicas? ¿No estuvo dispuesto él mismo á sellar con su sangre el testimonio de su fe? Pudo ser feliz en su propia patria, pudo evitar las amarguras de ostracismo, pudo aún cambiarlas por los halagos de la fortuna: todo lo habría conseguido con una palabra; pero esa palabra era de apostasía; y antes que pronunciarla, inclinó su frente á los crueles rigores del infortunio y tomó el camino del destierro, como habría podido tomar, si hubiera sido preciso, el camino del cadalso.

Almas, como la suya, templadas en la fragua del martirio y formadas desde temprano en la escuela del sacrificio, son incapaces de desfallecimientos en su fe; y por eso habéis visto al señor Domeyko llegar á la ancianidad, después de haber pasado por todas las vicisitudes de la vida, y hundirse en el sepulcro con su fe entera, con sus convicciones intactas, sin haber hecho ni una sola cobarde transacción con los errores de su siglo, sin haber abandonado á la corriente secularizadora de su tiempo ni una sóla de las ideas inspiradas por la religión.

Pero la fe del señor Domeyko no era de aquellas que se quedan en las áridas regiones del pensamiento, sin trascender á las obras. Ella inspiraba todos sus actos, se transparentaba en sus costumbres, se sentía en sus palabras, envolvía su hogar en suavísimos perfumes y hasta parecía reflejarse en la sonrisa de bondad que retozaba perpétuamente en sus labios. Vea la mano de Dios en todos los sucesos

prósperos y adversos de la vida y abandonado en los brazos de su Providencia, esperaba tranquilo el cumplimiento de sus designios: lo veía especialmente en las maravillas de la naturaleza, y cuando con el poder de su genio excudriñaba sus hondos arcanos, interrumpía muchas veces sus investigaciones para exclamar con el sabio Ampère: ¡Qué grande es Dios y qué pequeño es el hombre! grito escapado del alma humilde del cristiano, que no dió entrada á las sugerencias de la soberbia, que es la tentación más peligrosa de la ciencia.

Su corazón sentía todas las ternuras de la piedad. La oración era el alimento cotidiano de su espíritu, y el fervor con que la hacía y la suave unción que Dios derramaba en su alma se revelaban á menudo en la expresión extática de su semblante y en las dulces lágrimas que acudían á sus ojos. En su última excursión por el suelo de la patria quiso dar á su piedad la satisfacción de arrodillarse al pié del mismo altar en que recibió por primera vez en su pecho al Dios que regocijó su juventud. Pero aquel santuario, que había sido testigo de la dicha más pura y más grande de su vida de cristiano, era uno de los muchos santuarios entregados á las profanaciones del culto cismático. Inmenso fué el dolor que experimentó su corazón; y ya que no le fué posible estampar sus labios en las baldosas de aquel suelo tan amado, postróse de rodillas delante de su puerta y lloró en la amargura del alma la desdichada suerte á que está reducida la religión en su patria.

Se ha dicho con razón que el orgullo es el vicio de los grandes; y entre las grandezas humanas, la ciencia es acaso lo que con mejores títulos levanta á los hombres sobre el nivel de los demás. Por eso, un sabio modesto es un espectáculo tan raro como hermoso: raro, porque es difícil hallar hombres de temple moral tan vigoroso que resistan á aquella insidiosa tentación de soberbia que fué causa de la caída de

los progenitores de la raza humana: hermoso, porque la modestia es virtud que realza el mérito positivo de los hombres, á la manera que las sombras ponen en relieve las figuras de un cuadro.

Los que habeis tenido la fortuna de conocer al señor Domeyko sabeis que la modestia fué su virtud característica. Pocos hombres han recibido mayores distinciones en su patria y fuera de su patria; pocos han sido más universalmente amados y respetados; propios y extraños, grandes y pequeños, dignatarios de la ciencia y de la fortuna, discípulos y amigos, todos le prodigaban á porfía manifestaciones de respetuoso afecto. Su último viaje por los países y cortes europeas ha sido una marcha de triunfos, y los mismos déspotas que tiranizan á su patria se inclinaron con respeto ante la noble figura del proscrito coronada por la aureóla de la ciencia, y mandaron colocar su efigie en el pateón en que se honra la memoria de los sabios esclarecidos de Rusia. Sin embargo, en medio de tantas ruidosas ovaciones, en medio de tantas y merecidas manifestaciones de entusiasmo, el señor Domeyko aparecía tan humilde y tan dueño de sí mismo, como si no fuese él el objeto de aquellas distinciones extraordinarias. No temía por sí mismo, porque su virtud era un escudo de acero en que iban á quebrarse los dardos de la soberbia; pero temía por sus hijos, y para conjurar este peligro no cesaba de poner ante sus ojos motivos de humillación que neutralizasen los efectos que podía producir en sus almas juveniles la gloria de su anciano padre. Recibía esas manifestaciones con el agradecimiento que es propio de los hombres modestos, que nunca hallan en sí mismo méritos que justifiquen los honores que se les prodigan; pero la gloria no ejercía en él fascinaciones; ni la amaba ni la apetecía, porque sus resplandores fugitivos, si deslumbran los ojos, no satisfacen el corazón. Sus delicias estaban en otra parte: en el gabinete silencioso, donde la ciencia le

deparaba las puras fruiciones del entendimiento; en el retiro apartado del hogar, donde hallaba los goces inocentes del corazón; en el templo solitario, donde la piedad le hacía sentir las santas emociones del espíritu en las intimidades del corazón y en la unión con Dios en el sacramento de amor. El templo, el hogar y el gabinete, es decir, Dios, la familia y la ciencia; tal era el paraíso de su vida terrenal.

Profunda es, señores, la emoción que produce el espectáculo de un guerrero, cargado de laureles, que va á depositar su espada victoriosa al pié de los altares del Dios de las batallas; pero es más bello ver al sabio, cargado con los despojos de la ciencia, postarse humilde y reverente al pié de los altares del Dios de las ciencias. Los laureles del guerrero son segados en los campos de la muerte á costa de la sangre de millares de víctimas inocentes: los laureles del sabio son recogidos en los campos fecundos de la inteligencia, y son el precio de los nobles sudores del trabajo. El señor Domeyko nos permitía presenciar diariamente este risueño y edificante espectáculo: cargado de años y de gloria iba á ofrecer cada día al *Dador de todo don perfecto* el fruto de sus generosos esfuerzos en los dilatados dominios de las ciencias, y á sentarse, confundido con la multitud, á la mesa eucarística para recibir el Cordero Inmaculado con el candor de un niño y los ardores de un serafín. Luego, no es cierto, señores, que la ciencia no puede aliarse con la fe; luego no es cierto que para ser sábio sea preciso renegar de la religión; luego no es cierto que el que quiere subir con el entendimiento á las alturas de la ciencia, tiene que bajar con el espíritu á los hondos y helados abismos de la incredulidad.

La caridad es bella en todas las edades y condiciones de la vida: es bella en el joven que roba algunos instantes á las alegrías juveniles para ir á consolar las tristezas del sufrimiento; es bella en la mujer que se aleja por algunas horas del hogar en que reina la feli-

cidad para llevar el consuelo á los que no conocen de ella más que el nombre: es bella en el pobre que encuentra en su misma pobreza algunas monedas con que aliviar la miseria de otros más pobres que él. Pero es más bella en el hombre entregado á las especulaciones del espíritu, que bajando de las diáfanas regiones de la luz á las amargas realidades de la vida, va á llevar de puerta en puerta, como lo hacía el señor Domeyko en su calidad de socio de las Conferencias de San Vicente de Paul, el pan del espíritu y el pan del cuerpo á los reductos en que se esconde la miseria. La más alta personificación de las ciencias experimentales en Chile iba á conversar con el pobre y á informarse de sus necesidades con la cariñosa solicitud de un padre.

Hé aquí, señores, algunos pálidos delineamientos de la gran figura del sabio cristiano, cuya pérdida arranca á nuestros corazones hondos gemidos de dolor. Os confieso que nunca he sentido más profundamente mi pequeñez que ante la difícil tarea de rendir digno homenaje de alabanzas á quien ha recibido tantos en vida, y en cuyo sepulcro han depositado tantas coronas los dos pueblos que lo tuvieron por hijo. Sólo el silencio convenía á tan amargo pesar; y el romperlo habría sido casi una profanación, si no lo hubiera exigido el cumplimiento de un deber ineludible de gratitud. Yo he dejado, señores, hablar á sus obras, y ellas serán las que se encarguen de glorificarle.

Habeis visto su corazón que latió á impulso de los tres más grandes y puros amores de la vida: del amor á la patria, del amor á la ciencia y del amor á la fe. Pero dejadme agregar que en el señor Domeyko estos tres amores se confundían en uno sólo: amó á su patria con pasión inextinguible, porque élla era mártir de la fe; amó á las ciencias, porque en las maravillas de la creación veía reflejados la bondad, el poder y la sabiduría de Dios; amó á la Iglesia, porque

élla es el fruto de la sangre de Jesucristo: de todas las aureolas que brillaron en su frente, la de la religión fué la más bella; porque el señor Domeyko era ante todo cristiano.

En presencia de sus despojos mortales, no os convidaré, señores, á derramar estériles lágrimas de dolor, sino á recoger ejemplos de virtud. La secular encina ha sido arrancada de cuajo por la violencia del huracán, pero nos quedan sus frutos: el astro ha hundido su frente en el ocaso, pero sus resplandores permanecerán largo tiempo en el horizonte. Recojamos solícitos esos frutos: sigamos la senda que nos señala su luz.

Descansa en paz, ilustre sabio, descansa en paz, que ha llegado la hora del reposo perdurable después de una vida abrumada por el trabajo. Obrero infatigable de la ciencia, ríndete en paz al dulce sueño, después de las faenas de largo día, que ya el sol se ocultó en el horizonte y la noche convida al descanso. Triste desterrado, ya es tiempo que tu nave aborde á las eternas playas de aquella patria que no se pierde jamás. Sabio esclarecido, ya es tiempo que tus ojos, cansados de excudriñar los secretos de la naturaleza, vean toda verdad sin esfuerzos ni fatigas en las claridades de la luz eterna. Cristiano fervoroso, siervo fiel, que con afán generoso centuplicaste los talentos que el Señor puso en tus manos para que lo glorificases, *entra ya en el gozo de tu Señor*. Hijo carísimo de la Iglesia, recibe de tu madre agradecida las plegarias que por las manos sagradas del Pontífice va á derramar en tu sepulcro para apresurar la hora de tu eterna libertad.

Un aporte al rescate patrimonial y puesta en valor histórica

www.legadoigente.cl